

“HACÍAMOS LO QUE NOS PIDIERAN PARA PODER FACTURAR Y SALIR DEL POZO”

Roberto, Mara y Oriel Paduan

Los orígenes

Roberto: Nací el 14 de octubre de 1944 en Avellaneda, Provincia de Santa Fe, el único varón después de las cuatro hijas mujeres que tuvieron nuestros padres, Francisco Pedro Paduan y Petrona Muchiut.

La nuestra era una familia de agricultores.

Mi padre murió cuando yo era chico, así que mi madre hizo un gran esfuerzo para sostener un hogar con tantas bocas para alimentar; ella lavaba ropa y cocinaba para gente que contrataba sus servicios de empleada doméstica.

Cursé la primaria hasta cuarto grado en Avellaneda. Cuando murió mi padre, mi madre me compró ropa, cosa que no era muy frecuente. Lo hizo porque su propósito era dejarme pupilo en el Colegio Franciscano de San Lorenzo. Salíamos de la institución nada más que en las vacaciones. Era la preparación para que siguiera la carrera de sacerdote en el secundario.



Beto en el torno, en los comienzos.



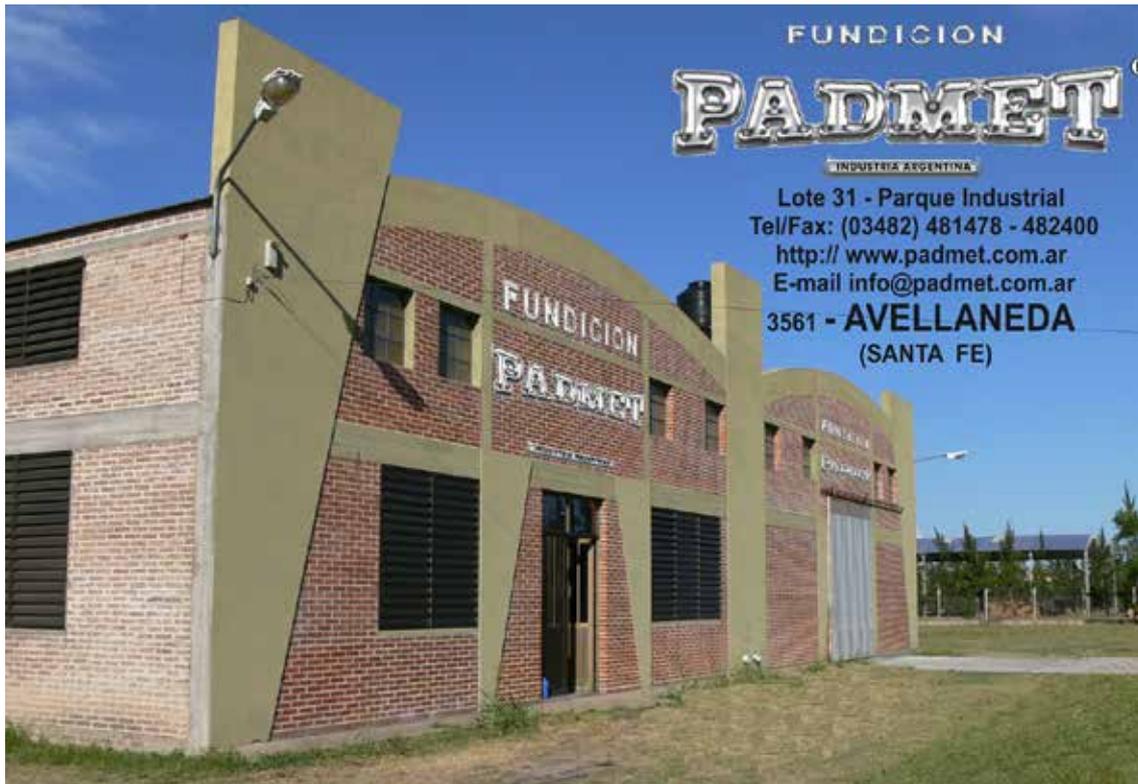
Beto colando en la fundición.

Pero como no me gustaba, me rebelé. Estuve internado dos años, hasta que me escapé. Cuando mi madre se enteró, me mandó a trabajar. Tuve que apelar al ingenio y al esfuerzo para poder vivir.

El primer empleo que conseguí fue en la bicicletería que tenían unos parientes. Allí, además de reparar bicicletas, aprendí a torneear. De ese modo empecé a aprender el oficio.

Volví a la escuela, otra vez, y me anoté en primer año de una escuela industrial. Después de cursar, por las tardes, iba al taller de mis parientes. Como no tenía horario fijo, ahí me pagaban una suma por repuesto. Si alguna pieza no quedaba bien, me la descontaban. Así fue como aprendí a trabajar en producción y calidad.

De ese modo seguí hasta los dieciocho años, cuando decidí dejar la escuela. Estaba en cuarto año.



Nuestra nueva planta en el parque industrial.

Los comienzos industriales

Después, conseguí trabajo en otras empresas. En una de ellas, no tenían la menor idea de cómo había que comprar las herramientas de tornería. Yo les averigué los precios y compré todos los repuestos.

Eso me abrió los ojos: “¿por qué no hacerlo por mi cuenta?”, me dije. Salí a buscar precios de máquinas y, a los diecinueve años, empecé a trabajar por mi cuenta. Corría el año 1964.

Compré un pequeño terreno para armar mi galpón y el torno, todo a crédito, y puse mi taller de tornería y soldadura en Avellaneda.

En 1972, me asocié con unos conocidos y armamos la empresa Sartor y Paduán. Hacíamos trabajo de fundición. Yo no sabía nada del rubro, pero puse empeño y empecé a aprender.

Hicimos un galpón nuevo y empezamos a trabajar en mayo del '73. En agosto, comenzamos con la fundición. Pero en noviembre, un tornado tiró todo abajo. Y tuvimos que volver a empezar. Así trabajamos durante varios años, hasta el año '94.



Mara participando en en Centro Industrial y Comercial de Avellaneda.

La crisis

En 1993, a mi socio se le ocurrió que era buena idea sembrar soja. Yo no sabía nada del tema, sólo de metalurgia. Lógicamente, el proyecto no terminó bien, y estuvimos sufriendo durante varios años las consecuencias de esa aventura rural.

Entre el '94 y el '99, yo tuve que hacerme cargo de la empresa solo. Quise comprarle laparte a mi socio, pero fue imposible ponernos de acuerdo. Fueron tiempos muy difíciles.

Pasaron los meses y nos llegaban más deudas y embargos.

Y, como si fuese poco, luego vino la crisis del 2001. Fui a negociar la deuda con los bancos. Conseguí algo de dinero, que le di a mi señora para cuando estuviese al borde de la bancarrota.

En 2002, casi todas las empresas de Avellaneda estábamos a un trisde la quiebra. Tuve que suspender al personal por seis meses. En aquel entonces, contaba con treinta y seis empleados. Treinta y seis familias que quedaban sin ingresos.



Recibiendo un reconocimiento de la Federación Industrial de Santa Fe (FISFE) por la trayectoria de la empresa.

La recuperación

Hacia 2003, empecé a notar que nuestra situación podía llegar a solucionarse. En aquel entonces, hacíamos prácticamente lo que nos pidieran. Flechitas, bolitas, adornos, lo que fuera, para poder facturar y salir del pozo.

En 2007, empezamos a soñar con un cambio de tecnología, con un horno de fundición eléctrico. En aquel entonces llegamos a tener veintiocho empleados que trabajaban a doble turno. Fue nuestro despegue.

Empezamos a desarrollar obras para mudarnos al parque industrial. Pero la infraestructura que tenía el predio no era capaz de ofrecernos la cantidad de energía que necesitamos para funcionar. Así que tuve que detener la inversión.

Luego, a partir de 2008, la economía cayó y tuvimos que achicarnos. Actualmente, en la fundición contamos con un plantel de dieciséis personas. Necesitaríamos el doble para trabajar al ritmo que nos gustaría.

Hacemos cocinas, salamandras, termotanques, hornos asadores, y distintas piezas de cocina y también para uso en gimnasios.



La familia. De derecha a izquierda: Roberto Paduan, Andrea (hija), Luisa (esposa), Mara (hija), Soraya (hija) y Oriel (hijo).

El legado

Con mi esposa, Luisa Niclis (Teli), tenemos cuatro hijos. Andrea, la primera, nació en 1968 y es farmacéutica. Mara, la segunda, nació en 1969 y es técnica en alimentos. Oriel, es del '71; Soraya, la menor, nació en el '78, es óptica.

Oriel siempre trabajó conmigo en la empresa, desde que terminó el colegio secundario. Y Mara tuvo varias idas y vueltas, pero lo importante es que hoy también nos acompaña.

Mara: Yo empecé a trabajar en el taller mientras empecé a estudiar para técnica en alimentos. En el '98, cuando la empresa estaba en crisis, me fui a trabajar con mi hermana farmacéutica. Volví al taller en el 2006. Me casé en el 98, y tengo dos hijos: Marina Portal, que nació en 2001, y Joaquín Portal, en 2006. En el centro industrial, participo en la comisión de mujeres empresarias.

Roberto: En 2012, armé una sociedad anónima con mis cuatro hijos. Mara está en la parte administrativa. Oriel es el presidente de la sociedad. Está casado con Cristina Cusit con quien tiene dos hijos: Lucas y Agustín. Lucas, que estudia mecatrónica, está empezando a involucrarse en la empresa.

Espero que a la siguiente generación le toque un ambiente más propicio que el nuestro para desarrollarse y crecer en la industria. Y que cambie la mentalidad del político. Si no, vamos a seguir cayendo cada ocho o diez años.